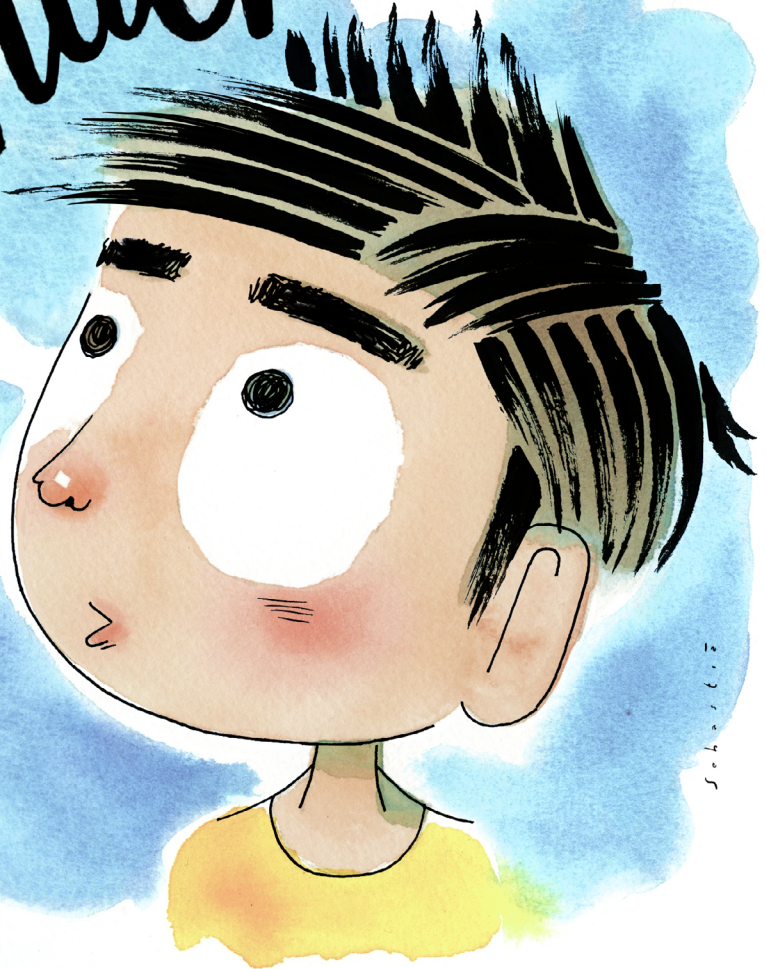




OXFAM
Intermón

¿Salta mucho?



O CÓMO EXPLICAR A TUS HIJOS O HIJAS
LA REALIDAD DE LAS PERSONAS REFUGIADAS

Esta es la historia de Jamíl. Un niño que vivía en un país como el nuestro y que, como a todos los niños, lo que más le gustaba era jugar con sus amigos a la hora del patio.





Una noche, mientras Jamíl estaba durmiendo, escuchó a lo lejos unos ruidos muy muy raros. Unos ruidos que parecían tambores.

–¿Mamá, papá, qué son estos ruidos?–les preguntó.

–Jamíl, estos ruidos quieren decir que mañana no hay cole –le dijo su madre.

Él no lo entendía. «¿Cómo podía ser que no tuviera que ir al cole? ¿Quería decir eso que ya se había hecho mayor?».

Y así, entre ruidos de tambores, pasaron días y días sin poder ir a la escuela. Pero por suerte, su padre encontró la solución.

–Jamîl, para que puedas volver a ir a la escuela iremos a otro país donde no se escuchen estos ruidos.

A la mañana siguiente, Jamîl ayudó a sus padres a subir ropa, comida y algunos de sus juguetes favoritos al coche.

Estaban a punto de empezar un largo viaje. Por el camino veían cosas extrañas: había casas desmontadas y humo por todos lados.





Pero al cabo de unas horas se quedaron sin gasolina.

–Toca andar –dijo su padre.

–¿Andar? –replicó Jamíl–. ¿Hasta otro país?

–Coge el juguete que más te guste porque los otros no nos los podemos llevar –le contestó su madre.

Jamíl cogió su muñeco favorito y empezó a andar.

«Andar es muy aburrido», pensó Jamíl.
Y cuando ya llevaban un buen rato
preguntó:

–¿Falta mucho? Estoy cansado...

Faltaba tanto que estuvieron días y días
andando, hasta que un día llegaron a
una pared muy alta.





Una pared que había que saltar para llegar al país de al lado, donde Jamîl estaba seguro que podría volver a jugar a la hora del patio.

Pero cuando fueron a saltarla, los guardianes del país de al lado no les dejaron.

«¿A lo mejor ese país ya estaba lleno y no cabían? Pero, con lo grande que es un país, ¿cómo podía estar lleno?».

Jamîl y sus padres esperaron a que fuera de noche. Si no les dejaban pasar... ¡iban a saltarla cuando no les viera nadie! «Qué divertido», pensó Jamîl.

Así que escalaron la pared y al llegar al otro lado corrieron hasta encontrar un escondite. «¡Qué suerte habían tenido! ¡No les habían pillado!».

Pero de tanto correr y andar Jamîl cada vez estaba más cansado.



Sus padres le explicaron que en ese país tampoco podían quedarse.

También tenían que cruzarlo para, esta vez sí, llegar al lugar donde no se escuchaban los tambores y donde él podría ir a la escuela.

Finalmente, tras unos días más viajando llegaron al mar. Jamíl no entendía nada. «Saltamos la pared, pero ahora ¿cómo vamos a saltar el mar?», pensó.

Él casi no sabía nadar y el mar era muy grande.



Pero, de repente, vio la solución: ¡había barcas hinchables!

Lo que Jamíl no esperaba era que se llenarían tanto que no podría subir a su muñeco favorito.

Navegaron en la barca horas y horas. El mar se movía mucho y era muy grande.

–¿Falta mucho? –preguntó otra vez.

Unas horas más tarde, por fin vieron tierra. ¡Estaban llegando!





En la playa había un montón de gente con mantas y comida caliente. «¿Les estaban esperando a ellos? A lo mejor eso quería decir...».

Jamíl cerró los ojos, escuchó muy atentamente... y nada. Solo el sonido de las olas del mar. Ni rastro de los tambores que les habían ido acompañando.

«¡Qué bien!», pensó. «Ya hemos llegado. Seguro que en este país podré volver a jugar a la hora del patio».